

sindicato de pequeños y medianos cultivadores, nunca se incorporó a la *Unió de Rabassaires*, manteniendo un perfil reivindicativo bajo. Su funcionamiento democrático –un hombre, un voto– se diferenciaba de otras experiencias catalanas en las que los votos eran proporcionales a la potencia vitivinícola del socio. En marzo de 1923 se integra en la *Unió de Vinyaters de Catalunya*, en el marco de la defensa del sector, y también con el objetivo de obtener asesoramiento en la organización de las actividades del sindicato.

El desarrollo de las cooperativas y el grado de cumplimiento de sus objetivos es una cuestión que se plantea en los análisis sobre el tema (Simpson, 2000). Samuel Garrido ha mostrado que la supervivencia de las cooperativas dependía, a menudo, de su capacidad económica, limitada cuando la cooperativa estaba formada principalmente por pequeños campesinos. La importancia del sindicalismo católico en el País Valenciano, con mucha ideología y una gestión que, a menudo, desmoralizaba a los socios y los acababa alejando de cualquier cooperativismo, es otro de los factores que explican la crisis de las cooperativas en algunas regiones.

Aunque el sindicalismo católico tuvo menos presencia en Cataluña, a partir de la década de 1920 experimentó un cierto desarrollo, lo cual condujo a dividir aún más a los campesinos. Algunos casos estudiados anteriormente –como Pierola, en la misma comarca de Igualada (Planas Maresma y Valls-Junyent, 2011), o Lleida, en la Cataluña interior (Vicedo Rius, 2006)– ponen de manifiesto que la reacción católica acentuó esa división en el asociacionismo campesino.

Garrido señala 2 condiciones necesarias para que en un territorio puedan darse un número significativo de cooperativas capaces de mantenerse y avanzar: que durante la segunda mitad del siglo XIX las economías campesinas hayan sido capaces de adaptar su producción al mercado, y que exista un grupo significativo de medianos propietarios (Garrido Herrero, 1995, 1996, 2007). Cataluña respondería, con algunas matizaciones, a estas transformaciones históricas, lo que explicaría el dinamismo de una parte nada despreciable de cooperativas.

No en todas las comarcas vitivinícolas las bodegas cooperativas fueron la principal alternativa. Por ejemplo, en la comarca del Penedès fue más frecuente la producción individual que la cooperativa (Saumell Soler, 2002). Los motivos fueron diversos. Desde el predominio de un pequeño y mediano campesinado que, observando las actividades vinificadoras de los grandes propietarios, acceden a la compra de maquinaria vinificadora relativamente barata, a la prevención ante los costes que significaba ser socio de una bodega cooperativa, pasando por las estrategias de los comer-

ciantes de vinos dirigidas a mantener la dispersión de la producción, que les permite conservar su capacidad de decisión.

El estudio de Jordi Planas es muy exhaustivo y dedica también una gran atención a la etapa republicana, en la cual la conflictividad social gira en gran medida en torno a las reivindicaciones de acceso a la tierra por parte de los rabassaires. Las expectativas de cambio se traducen en la presencia de la *Unió de Rabassaires* en la mayoría de los pueblos de la comarca de la Anoia. La *Llei de contractes de conreu*, elaborada por el Parlamento catalán en 1934, garantizaba que los rabassaires que habían cultivado durante 18 años una tierra tenían el derecho a comprarla. Esta ley afectó también a otros campesinos precarios, como los aparceros de los latifundios eclesiásticos próximos a Lleida.

En síntesis: este libro consolida muchas de las conclusiones que diversos autores –incluido el reseñado– han aportado en tesis doctorales y monografías sobre la cuestión de las solidaridades y la conflictividad en el mundo rural; y aporta también características originales del movimiento asociativo agrario de la comarca de la Anoia y su capital, Igualada.

Bibliografía

- Garrido Herrero, S., 1995. El cooperativismo agrario español del primer tercio del siglo XX. *Revista de Historia Económica* 1, 115–144.
- Garrido Herrero, S., 1996. Treballar en comú. El cooperativisme agrari a Espanya (1900-1936). *Institució Alfons el Magnànim*, Valencia.
- Garrido Herrero, S., 2007. Why did most cooperatives fail? Spanish agricultural cooperation in the early twentieth century. *Rural History* 18 (2), 183–200.
- Mayayo Artal, A., 1995. De pagesos a ciutadans. Cent anys de sindicalisme i cooperativisme agraris a Catalunya, 1893-1994. Editorial Afers, Catarroja.
- Planas Maresma, J., 1994. Catalanisme i agrarisme. Jaume Maspons i Camarasa (1872-1934): escrits polítics. Eumo Editorial, Vic.
- Planas Maresma, J., 2003. Cooperativisme i associacionisme agrari a Catalunya: els propietaris rurals i l'organització dels interessos agraris al primer terç del segle XX. Tesis doctoral, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona.
- Planas Maresma, J., 2006. Els propietaris i l'associacionisme agrari a Catalunya (1890-1936). *Biblioteca d'Història Rural*, Girona.
- Planas Maresma, J., Valls-Junyent, F., 2011. ¿Por qué fracasaban las cooperativas agrícolas? Una respuesta a partir del análisis de un núcleo de la Cataluña rabasaire. *Investigacions de Historia Económica* 7 (2), 310–321.
- Saumell Soler, A., 2002. Viticultura i associacionisme a Catalunya. Els cellers cooperatius del Penedès (1900-1936). *Diputació Provincial de Tarragona*, Tarragona.
- Simpson, J., 2000. Cooperation and cooperatives in Southern European wine production. The nature of successful institutional innovation, 1880-1950. *Advances in Agricultural Economic History* 1, 95–126.
- Vicedo Rius, E., 2006. *Enric d'Hostalric i Colomer*. Cossetània Edicions, Valls.

Enric Vicedo Rius

Universitat de Lleida, Lleida, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2014.03.003>

Xoán Carmona Badía (Coord.). Las familias de la conserva: el sector de las conservas de pescados a través de sus sagas familiares. Vigo, Diputación de Pontevedra, Fundación Cluster de Conservación de Productos del Mar y ANFACO-CECOPESCA, 2011, 614 págs., ISBN: 978-84-938942-0-7.

Las 30 sagas familiares objeto del presente estudio constituyen el fruto maduro de la comunicación sobre la demografía empresarial de la industria conservera que Xoán Carmona y Ángel Fernández, coordinador y autor, respectivamente, de este libro, presentaron en el Congreso de la Asociación de Historia Económica, celebrado en Zaragoza en 2001, y que analiza el comportamiento empresarial de una industria madura, durante los siglos XIX y XX. Junto con los citados Carmona y Fernández, autores entre ambos de cerca de la mitad de las familias estudiadas, colaboran en esta

obra Luis Javier Escudero, Manuel Ramón Rodríguez, Luisa Muñoz, Jesús María Martínez, Rafael Uriarte, Ernesto López, Alberte Román, Jesús Giráldez, Joseba Lebrancón, Mariña López y Xan Fraga.

Se trata de un subsector económico ubicado en la mayoría de los casos en la zona noroeste de la península, y que ha dejado una huella indeleble en la memoria colectiva y en la realidad económica pasada y presente de sus ciudades, pueblos y áreas costeras.

La existencia de una actividad conservera previa en esta zona posibilitó el tránsito a la nueva industria. Además, las innovaciones tecnológicas desempeñaron también un papel clave en su despegue y posterior desarrollo, al facilitar el acceso a los nuevos caladeros y especies.

La sardina fue la especie objetivo de las conserveras ubicadas en el litoral gallego, y el bocarte y el atún para las establecidas en el litoral cantábrico. Y cuando la actividad extractiva pudo trasladarse con mayor facilidad y surgieron nuevas fuentes de suministro,

rompiendo así el ciclo estacional que limitaba las labores de las viejas conserveras, la producción de tñidos eclipsó a las demás variedades. Esta estrategia motivó la movilidad de la actividad extractiva dentro de los propios caladeros del área; luego, a los caladeros de la Andalucía atlántica, y, finalmente, a la región de Levante, a la Andalucía mediterránea y a los caladeros africanos. La crisis de 1973 limitó el acceso a estos caladeros y propició la mudanza hacia los del centro y sur de América, lo que facilitaba la consolidación de las ventas en los mercados americanos. El establecimiento en Marruecos y en las islas Canarias, en las últimas décadas del siglo xx, estuvo también motivado por el cierre del caladero africano.

Los autores estudian únicamente las conserveras que superaron la segunda generación. Estas empresas se decantaron por la constitución de sociedades mercantiles; la gestión se compartía entre sus herederos con el objetivo de evitar su disolución. No obstante, persistió el carácter familiar y cabe señalar una mayor profesionalización de sus miembros.

La innovación ha sido y es otra de las estrategias utilizadas por esta industria para su supervivencia. Las empresas que apostaron por introducir perfeccionamientos en la producción y en la comercialización consiguieron aprovechar las etapas de expansión y superar las de crisis. En cuanto a la estructura financiera, los autores observan 3 fases. La primera abarca el período comprendido entre los años ochenta del siglo xix y la Guerra Civil, cuando predominó la autofinanciación. La financiación externa, tanto pública como privada, se hizo patente durante la Autarquía y, sobre todo, entre 1944 y 1954, cuando una crisis coyuntural afectó a las empresas. Ahora bien, a pesar de ello, el sector persistió en su estrategia de financiación propia. El recurso a la financiación privada se produjo después de 1973 y hasta la década de 1990, pues se requería ahora aumentar la dimensión empresarial y la incorporación de tecnología punta.

Desde sus inicios, la industria conservera de sardina, de tñidos y de anchoas orientó sus elaboraciones a la exportación. Su presencia en el mercado interior creció en los años treinta al contraerse la demanda externa, una tendencia que se mantuvo durante la Guerra Civil, ante las necesidades de proteína animal del ejército y de la población urbana. Las limitaciones al suministro de hojalata y aceite dificultaron la trayectoria del sector en la Autarquía; además, la vía exportadora se vio obstaculizada por el efecto negativo de la política cambiaria, que solo pudo ser superado por algunas empresas durante la Segunda Guerra Mundial.

La cooperación desempeñó un factor clave en la supervivencia de estas empresas. Cierto que los lazos familiares coadyuvaron activamente, pero resulta revelador su continuo esfuerzo cooperativo con objeto de romper las barreras de forma mancomunada: envases, frigoríficos, grandes atuneros, entre otras.

Los procesos de integración vertical se dieron desde los inicios de esta industria, aunque no fue una estrategia generalizada, debido, sobre todo, a las circunstancias propias de cada empresa y a las condiciones impuestas por los mercados de pescado fresco. La integración horizontal tuvo una menor incidencia, por cuanto la ampliación de las instalaciones resultaba más eficiente que la incorporación de nuevos establecimientos, salvo que se tratara principalmente de aprovechar los suministros de pescado o marisco fresco de otra zona, o de obtener cupos de aceite y hojalata.

Estamos ante la primera obra de reflexión y síntesis sobre la vida social y económica de una de las actividades empresariales de mayor solera en el tejido industrial español; felicito, pues, a sus autores, y espero que mis breves comentarios contribuyan a difundir una historia tan rica y sorprendente.

Álvaro Díaz de la Paz

Universidad de La Laguna, Tenerife, España

<http://dx.doi.org/10.1016/j.ihe.2014.03.005>

Boris Mironov; edited by Gregory L. Freeze. The Standard of Living and Revolutions in Imperial Russia, 1700-1917. New York, Routledge, 2012, XXXII + 668 págs., ISBN: 978-041-560-854-1.

En los últimos años asistimos a una explosión de trabajos empíricos sobre los niveles de vida en las zonas periféricas que emplean nuevas fuentes antropométricas. Rusia no ha sido ajena y encuentra en el libro de Mironov un excelente exponente. Su voluminoso trabajo pone en entredicho, con datos antropométricos muy consistentes y argumentos sólidos, lo que sabíamos sobre los niveles de vida en la Rusia Imperial.

El libro es un excelente análisis de historia antropométrica que desmenuza las condiciones del «estado biológico» de las antiguas poblaciones rusas, e incorpora, además, otros indicadores que permiten precisar los cambios en los niveles de vida durante más de 2 siglos. A las estaturas de diferentes edades de los reclutamientos militares, se superponen análisis sobre la producción agraria, la fiscalidad, los salarios, los precios y el consumo, y otros indicadores demográficos que desgranar el estado de la salud, la nutrición y el bienestar en el Imperio ruso desde comienzos del siglo xviii hasta la etapa prerrevolucionaria. El libro está compuesto por 10 capítulos, y otro más de conclusiones, con un total de más de 660 páginas, de las que unas 200 aproximadamente se destinan a apéndices, notas, bibliografía e índices. En este extraordinario volumen, el autor discute la idea tan extendida de las paupérrimas condiciones de vida del campesinado ruso, que durante mucho

tiempo sirvieron de pretexto para explicar las revoluciones de comienzos del siglo xx.

Afortunadamente, los historiadores económicos estamos bastante familiarizados con los fundamentos de la nueva historia antropométrica. Sabemos que la talla es un indicador del nivel de vida biológico que no necesariamente sigue la dirección que marcan otros indicadores convencionales. También sabemos de los riesgos que entraña su uso cuando no hay datos de mujeres, sabiendo que las tendencias de las estaturas de hombres y mujeres no siempre son similares. Y que es un buen *proxy* de las condiciones ambientales, la salud y la desigualdad. Con estos supuestos, Mironov se apoya en una base de datos compuesta por más de 306.000 individuos y aproximadamente 11,7 millones de datos agregados de tallas, pesos y otros indicadores antropométricos de hombres y mujeres, pero esencialmente de los primeros, entre las cohortes nacidas entre 1695 y 1920. Explora el recorrido de la talla a lo largo de los 225 años, y se adentra en análisis diferenciales por género, regiones, clases sociales y ambientes rurales-urbanos.

Frente a las tesis tradicionales, los resultados de Mironov arrojan un saldo positivo del nivel de vida de los trabajadores rusos antes de la Revolución de 1917. La evidencia cuestiona hipótesis y teorías que sostenían las historiografías liberal y soviética sobre la pobreza nutricional del campesinado ruso. La crisis sistémica de finales del siglo xix, que la historiografía abrigaba para justificar las condiciones revolucionarias, no encajan con los resultados antropométricos. La estatura aumentó en el siglo xix más de 3 cm, incremento que no fue ciertamente significativo cuando se compara con Holanda o Alemania. Pero si tomamos como referencia un periodo más largo,